



RESEÑA AUDIOVISUAL

CITIZENFOUR

Pablo Francescutti *

* Universidad Rey Juan Carlos
luispablo.francescutti@urjc.es

FICHA TÉCNICA

Título: Citizenfour
Género: Documental
Dirección: Laura Poitras
Nacionalidad: Estados Unidos/Alemania
Distribuidora o Productora: Cameo
Duración: 114 minutos
Año: 2014 (lanzamiento en DVD, julio de 2015)

1. INTRODUCCIÓN

En junio de 2013, tras varios intercambios de mensajes encriptados, tres personas se encerraron con el mayor hermetismo en un cuarto de hotel de Hong Kong. Durante ocho días, prepararon la exposición de un secreto que sacudiría a la opinión pública mundial. Acordaron, entre otras cosas, transmitir a la prensa más de 200.000 documentos confidenciales de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (más conocida por sus siglas en inglés, NSA) a través de códigos cifrados. En paralelo, filmaron lo transcurrido entre esas cuatro paredes con vista a su posterior difusión. Más tarde, vieron por televisión cómo la CNN soltaba a los cuatro vientos la revelación y la identidad del filtrador. Hecho esto, abandonaron el lugar antes de que el principal perjudicado por su acción, el gobierno estadounidense, se lanzase en su persecución.

La intrahistoria de esta confabulación en la que el mayor sigilo se encadena con la más conspicua publicidad es el meollo de *Citizenfour*. Sus protagonistas: la documentalista Laura Poitras, el periodista Glenn Greenwald y un ex informático de la CIA y la NSA, Edward Snowden. El secreto en cuestión: el masivo programa de espionaje de la NSA a la población estadounidense, a los gobiernos aliados de Washington y a las empresas extranjeras, entre tantos otros, con la complicidad de ATT, Verizon, Microsoft y otras compañías de telecomunicaciones.



Las evidencias expuestas daban crédito al cuadro trazado en 2012 por Julian Assange. En su “llamamiento criptográfico a las armas”, el líder de Wikileaks había alertado, junto con otros expertos en encriptación, que la población mundial estaba siendo espiada a través de Internet por Estados Unidos. Que no exageraban se verificó cuando, a resultas del cónclave en Hong Kong, *The Guardian* y *The Washington Post* publicaron las pruebas aportadas por Snowden.

Solo con eso la primicia se ganó un puesto de honor en la saga de las filtraciones periodísticas. Pero sus méritos trascienden el valor de su contenido, pues era la primera revelación que venía acompañada de un documental sobre su génesis y el *modus operandi* de sus promotores. Para captar su originalidad habría que retroceder a los años 1970 e imaginar a Frederick Wiseman u otro realizador del Direct Cinema filmando las citas a escondidas de Garganta Profunda y el reportero Bob Woodward para destapar la trama del caso Watergate, con miras a su exhibición. Pero la comparación se queda corta; entonces se ventilaba un asunto doméstico y aquí se trata de un escándalo mundial de cuya gestión participa la misma pieza de Poitras. En efecto, *Citizenfour* se estrenó quince meses después de que *The Guardian* iniciase su cobertura; una serie que dista de haber finalizado. Se le puede considerar por lo tanto una parte integral de la exclusiva, al igual que los videos que Poitras rodó en Hong Kong y que el periódico británico colgó de su web, en los que Snowden asume la filtración y explica sus motivos.

La película —documental, investigación periodística, thriller y creación artística a la vez— moviliza temas que desbordan el affaire político coyuntural: las mutaciones de la privacidad en entornos electrónicamente saturados, la geopolítica de la Red, la sociedad de la vigilancia, las ideologías de la globalización, la dialéctica opacidad/transparencia, en fin, un cúmulo de tópicos que la torna apetecible para la mirada sociológica atenta a la producción de sentido.

2. LA FILTRACIÓN EN TIEMPO REAL

Citizenfour escenifica la conjura de un puñado de personas para desnudar a un dispositivo clandestino de vigilancia de proporciones inéditas ante la mirada pública. El secreto es un tema capital de la obra y justifica el enfoque con el que examinaremos su enjundia sociológica.

Que no hay sociedad sin secretos lo explicó Georg Simmel. El secreto congrega y separa, jerarquiza e iguala, entre un sinfín de efectos independientes de su contenido, pues en él lo relevante es el juego que abre en tanto forma social, al punto de ser considerado “una de las mayores conquistas de la humanidad” (Simmel, 1906:462). Que no existe comunicación sin estrategia y, por ende, sin



reserva intencionada de información lo dejó establecido la semiótica. Y que ninguna autoridad se niega a usar el secreto como técnica auxiliar de gobierno lo postuló Machiavelo en su doctrina de los *arcana imperii*. No obstante, y a contrapelo de esas premisas, desde la Ilustración Occidente ha venido cultivando el ideal de una sociedad transparente, de un lenguaje sin dobleces y de una política sin opacidades. Fiel a esas aspiraciones, la politología liberal ha moralizado el secreto declarándolo patología política. Y sin embargo, y pese a los innegables avances de la publicidad, palpables en la publicación de las decisiones gubernamentales, las leyes de acceso a la información y la labor de la prensa y sus continuas filtraciones, el secreto permanece¹. Ya lo advirtió Simmel: el secreto no muere; simplemente se desplaza a otra parte. Un secreto se destruye y automáticamente otro se alza en su lugar.

El liberalismo y sus doctores se han negado a aceptar ese hecho perturbador. El dominio indisputado de la democracia liberal pregonado por Francis Fukuyama les hizo soñar con una época de transparencia; auguraban que, desaparecidas las dictaduras de derecha e izquierda, la opacidad social se volvería un fenómeno residual. Sobra decir que la Guerra al Terror decretada por George Bush Jr. y sus aliados empañó el horizonte. El retorno al secretismo, la violación de correos y comunicaciones, los secuestros y detenciones ilegales, las torturas y la censura nos devolvieron a tiempos que se pensaban superados, causando un cortocircuito en el optimismo reinante. El rechazo a esa situación ha sido el motor de los acciones de los hackers éticos, de los *whistleblowers* (término inglés dado a los miembros de una institución que denuncian públicamente las ilegalidades cometidas por esta) y también de los hacedores de *Citizenfour*.

Para Poitras este filme era la conclusión de su trilogía contra la Guerra al Terror; para Greenwald, un jalón en su carrera dedicada a combatir los abusos del Ejecutivo estadounidense; y para Snowden, el cumplimiento de un deber de conciencia tras conocer la vigilancia ilegal a millones de compatriotas avalada por la política de Obama. Captar en tiempo real el antes, durante y después de su decisión y su asunción de las consecuencias es el eje de la película.

En la sociedad de la vigilancia una decisión de tal calibre requiere recaudos extremos. Snowden solo confió en Poitras y Greenwald cuando estos acordaron el programa de encriptación con el que se comunicarían. Remitir la documentación

¹ El rechazo a la diplomacia secreta, consagrado en el art. 102 de la Carta de las Naciones Unidas aprobada en 1945, no fue óbice para que al año siguiente Estados Unidos, Canadá, Australia y Gran Bretaña firmaran el tratado clandestino UKUSA con el objetivo de compartir tareas y datos de inteligencia. En Australia dicho pacto recién se conoció el año 2005, y en 2010, Gran Bretaña y Estados Unidos hicieron lo propio.



de la NSA a *The Guardian* hizo necesario un modo de envío a salvo de fisgones. Parecidas precauciones se tomaron con el objetivo de proteger el material filmado (el espectador interesado en la encriptación agradecerá que los títulos de crédito identifiquen el software libre empleado). Que ninguna cautela es excesiva lo dice la mirada recelosa que Snowden lanza al teléfono de su habitación, pues cualquier aparato conectado a la Red —la cámara de Poitras también— puede tornarse un espía manejado a distancia. A la postre lo más seguro es encerrarse en un cuarto sin artefactos electrónicos para pasarse papelitos escritos a mano, como en el refugio moscovita de Snowden.

Se entiende que el relato de esa decisión sea la historia del secreto de quienes buscaban destapar a los violadores de secretos ajenos y al mismo tiempo la crónica de su delicadísima gestión en la era digital, era en la cual las artes encriptadoras resultan tan vitales como los disfraces y los pasaportes falsos de los conspiradores de antaño. La liquidación de un secreto, decía Simmel, engendra nuevos secretos, y el filme no escapa a la regla. Que la lucha contra la opacidad entraña actuaciones encubiertas lo demostró la masonería del siglo XVIII, al combatir desde las tinieblas el oscurantismo del Antiguo Régimen. Y si bien esa sociedad secreta salió a superficie cuando el Estado asumió su programa iluminista, su proceder clandestino ha sido adoptado por quienes se oponen a los poderes opacos de hoy, como esos cibermasones, los Anonymous.

En el documental que nos ocupa, desenmascarar el espionaje decretado por Bush y proseguido por Obama supuso la sustracción furtiva de pruebas, citas herméticas, pactos secretos y un largo etcétera condensado en la escena en la que Snowden, casi a la manera de un juego infantil, se cubre con una manta para introducir la clave en su notebook y así protegerla de cualquiera que escrute la grabación con aviesas intenciones. La escena ilumina una dimensión de la lucha contra el secreto específica de nuestros días: su naturaleza conspicua. Simmel había apuntado la preeminencia social que confiere divulgar la existencia de confidencias de los que uno participa y los demás se hallan excluidos; pero no llegó a percatarse de cómo la prensa de masas se erigía en Cuarto Poder haciendo exactamente lo contrario, esto es procediendo a la destrucción ostentosa de los secretos de Estado. Surgió así el espectáculo de la revelación; un espectáculo perfeccionado por generaciones de periodistas de investigación y de celebridades dedicadas a contar intimidades al modo inaugurado por Rousseau en sus *Confesiones*; y así la televisión introdujo la cámara oculta; la prensa online agregó el hipervínculo a los documentos digitalizados; y ahora *Citizenfour* acomete un salto cualitativo en su puesta en escena.



Tradicionalmente, la prensa, al presentar una *scoop*, se ha limitado a resumir las circunstancias de su obtención en un anexo de inferior jerarquía. Este documental, en cambio, las jerarquiza al brindarnos el *making of* de la exclusiva. La escenificación en diferido y a puertas cerradas de la filtración constituye un hito extraordinario; hasta ahora solo disponíamos de reconstrucciones ficcionales de revelaciones anteriores, como los largometrajes sobre Watergate, que coincidían en preservar el gran misterio: la identidad de Garganta Profunda. Aquí, en marcado contraste, la espectacularidad tensa al máximo la confidencialidad de las fuentes periodísticas, desvelada en lo concerniente a Snowden y respetada en lo relativo al informador de que los ataques con drones en Medio Oriente se dirigen desde Alemania, un extremo negado por el gobierno de Angela Merkel (el mismo gobierno espiado por la NSA, apuntemos de pasada). En una fascinante *mise en abyme*, vemos a Snowden viendo en el televisor las primeras noticias acerca de su hazaña: el espectáculo de cómo el filtrador deviene espectador de su filtración². Pocas veces se ha captado con tanta rotundidad la dramaturgia social descrita por Joshua Meyrowitz (1985); el *backstage* de la primicia se transforma en *frontstage*; lo que la prensa dejaba entre bastidores se transparenta y la conjura contra la NSA se despliega ante la vista de la audiencia.

3. LA DECISIÓN DE UN HÉROE DE LA INFORMACIÓN

La narración analizada nos asoma a las intrincadas dinámicas del secreto, más complejas si cabe en un mundo hipermediatizado, previniéndonos contra su reducción a un conflicto maniqueo entre opacidad y transparencia. Nos enseña, por ejemplo, que actualmente el secreto se esconde en el tiempo: Snowden sabe que acabará siendo descubierto, por lo que procura administrar su secreto efímero calculando cuándo beneficiará más a su causa el desvelamiento de su identidad. Y en el avance de la intriga se hace visible la ideología que da sentido al relato, a su definición del problema, de la solución y de los sujetos a cargo de la

² Igual de fascinante se muestra la acción inquisitiva de la cámara, su escrutinio intenso de Snowden, de su rostro, de sus gestos, de su corporalidad. En este "estudio de la decisión" el filtrador es sometido a una meticulosa observación, muy acusada en los primeros planos que buscan arrancar el "secreto" de este individuo a punto de quemar las naves: sus verdaderos motivos, sus sentimientos (¿tiene miedo?, ¿su aplomo es fingido?), su psicología real, en definitiva. Que el sujeto se preste a ser "espiado" por la cámara no altera el hecho de que está siendo registrado por una tecnología profusamente empleada en la vigilancia. La ambivalencia cobra un matiz inquietante en la escena en Moscú, en la que vemos, a través de una ventana, a Snowden y su novia en la cocina de su nuevo hogar. El plano, tomado a distancia desde una posición exterior a la vivienda, sugiere la presencia de una observación furtiva, y el espectador no puede evitar sentirse colocado en el lugar de un espía que controla los movimientos del fugitivo.



tarea. Su diagnóstico es tajante: la democracia se ha visto pervertida por una opacidad autoritaria. La solución es igual de categórica: la corrección a través del sistema político, aunque la "traición de Obama" obliga a recurrir a métodos capaces de provocar una reacción que acabe con la vigilancia ilegal, o al menos la dificulte. Y sus agentes son individuos que actúan al dictado de su conciencia cívica.

Este estudio de cómo una persona toma una decisión sin vuelta atrás y afronta las consecuencias complementa la primicia de la prensa al ofrecer su lado humano: la semblanza de alguien que asume su responsabilidad y se enfrenta a las represalias del Estado. Aparte de contar las andanzas de un justiciero solitario, la narración da juego a otras personas comprometidas (Greenwald y Poitras, en primer lugar); pero el enfoque es siempre individual; más que de tipos representativos vemos individuos éticamente ejemplares. La sociedad civil aparece encarnada en el público *indignado* de la audiencia judicial o de las conferencias de Greenwald, la consecuencia inevitable de un espectáculo que divide el todo social en actores y espectadores.

Mas no se trata de cualesquiera actores, sino de miembros de una clase particular: Snowden, un técnico situado en el nodo central del espionaje; Greenwald, un abogado ducho en libertades civiles y columnista de *The Guardian* —un medio de referencia del ala progresista del *establishment*—; y Poitras, una cineasta nominada al Oscar por un trabajo sobre la ocupación de Irak y apoyada por figuras del cine industrial como su productor Steven Soderbergh. Y los escenarios por los que se mueven configuran una geografía precisa: un hotel de cinco estrellas en Hong Kong, un juzgado de Estados Unidos, el Capitolio de Washington, el Bundestag berlinés y el parlamento brasileño, las redacciones de *The Guardian* y de *O Globo*, la sala de prensa de la Casa Blanca: los espacios de la democracia liberal, con el ominoso contrapunto del "Estado oculto" visible en las bases de vigilancia emplazadas en parajes alejados, siniestros. Lo que se desarrolla ante nuestros ojos es una batalla en el seno del sistema librada por individuos legitimados y avalados con el Oscar al mejor documental de 2014, concedido por la comunidad cinematográfica que en 2008 contribuyó al triunfo electoral de Obama.

Y envolviéndolo todo, la nebulosa intelectual que el sociólogo Alberto Abruzzese denomina "ideología de los derechos civiles" (Abruzzese, 2012). Salido de la matriz del liberalismo norteamericano, ese cuerpo de creencias se asienta en la primacía de los derechos individuales y en la confianza inquebrantable en las garantías del Estado de Derecho. Sujeto activo y pasivo de esa ideología es el ciudadano, un estatuto aludido en el nombre de la película: Citizenfour (ciudadano cuatro) es el



seudónimo de Snowden; y “cuatro” remite a la cuarta enmienda constitucional que consagra el derecho a no ser objeto de pesquisas y detenciones arbitrarias.

Dicha visión se emparenta estrechamente con los valores defendidos por los ciberactivistas. En muchos aspectos una variante “digital” de aquella, la ética hacker hace del acceso a la información la clave de bóveda de los demás derechos, derivando la libertad del individuo de la libertad de la información. Heredera directa de la cibernética de Norbert Wiener, en cuyas formulaciones la comunicación funge de panacea de los males de una civilización desgarrada, comulga con su tesis de que los flujos irrestrictos de comunicación, al protegernos del irracionalismo, el ruido y las tendencias destructivas de la naturaleza, producen un aumento exponencial de la información que nos conduce a un mundo transparente habitado por un hombre nuevo, el “homo comunicans”. La vena utópica de Wiener se percibe en el libertarismo de los años '90, extasiado con las posibilidades transformadoras de Internet, y, más recientemente y bajo una forma defensiva, en la corriente cypherpunk que ve en la criptografía informática la salvaguarda de la privacidad y una palanca del cambio político y social.

Hay puntos de contacto entre el cypherpunk y las ideas destiladas en *Citizenfour*. Snowden, en la medida en que arriesga su vida por comunicar una información valiosa, compone un tipo de mártir informacionalista. Y Poitras, si bien evita caer en el culto al software —a ella le preocupa ante todo el factor humano— no deja de insinuar que una buena encriptación iguala al disidente con el poder omnímodo del Estado. Otro presupuesto común es la creencia en el efecto liberador de la información: se da por sentado que al ventilar las fechorías de los guardianes de la Red se desencadenará *ipso facto* una corrección sustancial, ignorando que, como enseñó William Gamson (1992), más decisivo que el dato es la lectura que la gente hace de él. El encuadre interpretativo, campo de batalla entre ideologías hegemónicas y contestatarias, determina en última instancia el impacto de una revelación, multiplicándolo o neutralizándolo³.

Es patente que la constelación axiológica del movimiento hacker impregna la ideología de los derechos civiles. Desde la caída del Muro de Berlín, esta vertiente dinámica, *cool* y radical del neoliberalismo viene ganando ascendencia sobre los

³ Un indicador lo da el panel del Pew Research Center realizado en marzo de este año en Estados Unidos. A tenor de las respuestas las revelaciones de Snowden han tenido efectos dispares: mientras la mayoría de entrevistados rechaza que el Estado vigile a los ciudadanos estadounidenses, sí aprueba que espíe a los líderes de su país y a los gobernantes y súbditos de otras naciones. El escándalo apenas ha revertido el calado social de un discurso antiterrorista que privilegia la seguridad frente a la libertad.



internautas⁴, inspirando sus multiformes resistencias contra las pretensiones de Estados y corporaciones de poner la Red a su servicio. De esa mentalidad el documental analizado extrae su elenco actancial, su ética y su retórica.

4. DEL “CRIPTOESTADO” AL DESCRUBRIMIENTO

Consagrada a denunciar al Gran Hermano de las democracias, *Citizenfour* cumple sus objetivos de pleno. La mendacidad impúdica de las autoridades, los testimonios contundentes, el seductor ethos de Snowden, el ingenioso plano final que identifica al último responsable de ese estado de cosas, el presidente de los Estados Unidos, todo contribuye a acreditar, con eficacia argumentativa impecable, la amenaza del inconmesurable “criptoestado” (Norberto Bobbio dixit) oculto tras la fachada de aparente normalidad. Yerra, sin embargo, al culpar por entero a las administraciones de Bush Jr. y Obama, pues el problema viene de lejos. Los cimientos del espionaje a gran escala se echaron durante la Segunda Guerra Mundial y fueron reforzados en las décadas siguientes (véase la red Echelon de interceptación de comunicaciones, tendida en los años 1960 por las partes del tratado UKUSA). El programa PRISM de la NSA destapado por Snowden no es sino un subproducto de Echelon, su adaptación a las circunstancias de Internet.

Con tales antecedentes cuesta no preguntarse por las tendencias profundas que trabajan a favor del control total. Preguntarse, pongamos por caso, si no estamos asistiendo desde el desenlace de la Guerra Fría a la reubicación del aparato militar-policial que, como recordaba Perry Anderson (1981), sirve de último reaseguro de todo régimen burgués. En el *capitalismo inteligente* la dominación necesita de instrumentos más sofisticados que tanques y bayonetas; ¿qué mejor que la omnisciente vigilancia a cargo de expertos? Que la hipótesis tiene asidero empírico lo notamos en la proliferación del espionaje interno en las potencias centrales al igual que en países periféricos como Argentina, cuyos servicios de inteligencia no han parado de multiplicarse conforme menguaba la utilidad de las fuerzas armadas como garantes del orden.

⁴De su magnetismo no escapan las cibercomunidades de países como los nuestros, completamente ajenos a figuras como la del *whistleblower* y a la fe en la eficacia de los mecanismos democráticos para satisfacer las justas demandas del ciudadano y enmendar las desviaciones. En nuestros ecosistemas mediáticos apenas hay espacio para los justicieros que actúan a título propio; las fugas de información reservada se encuentran al servicio de las pugnas rutinarias entre las elites. Véase: <http://www.pewinternet.org/2015/03/16/americans-privacy-strategies-post-snowden/>. Última consulta: 30/08/2015.



En la gobernanza actual, mal que les pese a sus teóricos, el secreto de Estado campa a sus anchas. Por esta razón, la impugnación que hace la película de su extensión abusiva no puede ser más oportuna de cara a debilitar el consenso favorable a la vigilancia generalizada. Sobre la gran cuestión de fondo, la regulación apropiada de los secretos oficiales, el filme no se pronuncia. Reconozcamos que no es un asunto de fácil solución. De poco vale proponer que la clasificación de documentos y actuaciones sensibles se decida democráticamente, visto que la supervisión parlamentaria no ha frenado la metástasis del “criptoestado” —tampoco el socialismo real supo solventar el problema, y acabó atrapado en secretismos kafkianos—. El ritmo de la innovación hace más endiablado el desafío: la capacidad de espiar avanza a la velocidad del rayo, con el desarrollo de la encriptación pisándole los talones, mientras su ordenación legal marcha a paso de carreta. De una cosa no tenemos duda: el adelanto en esa dirección presupone una adecuada comprensión del régimen del secreto en entornos hipermediatizados, y en esto las ciencias sociales y las disciplinas de la comunicación tienen mucho que decir, desde dilucidar los límites de la transparencia social hasta desmitificar los utopismos informacionistas en boga, sin descuidar la crítica al panóptico electrónico. A esa reflexión *Citizenfour* aporta un estímulo vivificante. El análisis sacará provecho de su registro de las resistencias a la sociedad del control y en particular de la constatación de que la pesquisa periodística —un pilar esencial de la publicidad— lejos de verse arrastrada por la crisis de la prensa, cobra un brío inusitado al compás de la convergencia de los géneros mediáticos.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Abruzzese, A., 2012, “Wikileaks: opacidad y transparencia”, *Revista de Occidente* nº 374-375, pp. 181-196.
- Anderson, P., 1981, *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente*, Fontamara, Barcelona.
- Gamson, W., 1992, *Talking Politics*, Cambridge University Press, New York.
- Meyrowitz, J., 1985, *No Sense of Place: The Impact of Electronic Media on Social Behavior*, Oxford University Press, New York.
- Simmel, G., 1906, “The sociology of Secrecy and of Secret Societies”, *American Journal of Sociology*, Vol. 11 (4), pp. 441-498.